

El general Ortega oyó desde entonces la relación pormenorizada de la batalla de labios de muchos de los que a ella concurren; y era demasiado inteligente y conocedor del mundo y de los hombres para dejarse embaucar con una innoble farsa; demasiado hombre de bien, para prohiarla. El afirma y repite que Ricaurte *libertó* al ejército patriota en San Mateo, y muestra su entusiasmo por el héroe, en la manera insólita como escribe el nombre. Todo esto sería incomprendible, de ser cierta la versión atribuída a Bolívar por el perverso ingenio del general Peru de Lacroix.

Creemos cumplir un deber, como colombianos, al enviar al señor don Luis Orjuela un humilde pero sincero aplauso por su excelente libro, y la expresión de nuestro agradecimiento, como deudos del general Ortega, por la defensa que le hace, por los términos, no sólo de estimación sino de cariño, con que recuerda, en muchos lugares de la obra, los méritos del modesto soldado bogotano que jamás sirvió a ninguna dictadura ni tomó parte en ninguna revolución.

R. M. C.

LA MUSICA

Las bellas artes parecen existir solamente para suavizar la vida del hombre, haciéndole más llevadera aquella sentencia divina por la cual la tierra, o sea la vida presente, sólo produciría cardos y espinas; pero entre ellas, sin duda alguna, la que tiene su misión mejor cumplida es la música, síntesis de todo lo bello y lo sublime accesible al espíritu del hombre. Ella, más que ninguna otra, está hecha para decir al alma que sí la colocó en el cuerpo una mano poderosa e infinita que ha sabido ordenar una red de sentimientos destinados a mostrar al hombre lo divino. ¿Quién no ha

sentido aquel ensanche del pecho, aquella inquietud interior, aquel deseo incomprensible y vehemente en que ciertamente nada se desea y que se produce siempre en las grandes solemnidades en que hay orquestas y coros? Eso no es otra cosa que la manifestación incompleta de un espíritu que desea volar al oír algo así como la voz de los ángeles, pero que al extender sus alas ellas tropiezan en esta materia que no está hecha para volar sino para yacer tras una losa y aumentar el polvo de la tierra.

La arquitectura demora ostentando sus estilos, ya presentándose en frontispicios colmados de cornisas y relieves o en columnatas de modernos capiteles, ya destacándose en agudos torreones que parecen erguirse para interrogar el infinito; la escultura avanza con sus efigies cual si quisiera poblar el mundo de otros seres de inmortal belleza; la pintura ha llegado a templar sus lienzos para estampar en ellos la vida de los santos y los mártires que son la belleza moral, la más excelsa; y la literatura marcha engalanada con las joyas diamantinas de la idea y el pensamiento, rindiéndole adoración los talentos más privilegiados: pero ninguna, creo, haya podido explorar tan sencilla y amorosa el fondo del alma como la música. Ella sólo necesita abandonar sus notas al espacio para llevar su emotividad a las fibras más recónditas del pecho, para despertar ese mundo de sentimientos dormidos allá en los dominios del soplo divino.

Para admirar el pincel imitativo del pintor, la estrofa del vate, el cincel que transfigura el bronce refractario, se necesitan conocimientos más o menos profundos acerca de sus respectivas artes; de lo contrario, el fin de ellas se quedaría en los ojos o en un entendimiento confundido. La música, en tanto, sólo necesita

una alma que la sienta, un espíritu sensible que agite sus alas al compás de sus acordes.

Si el mundo ideal se detiene ensimismado ante los cuadros de Rafael, ante los bronce de Tenerani, y oye o lee complacido las estrofas de Rodrigo Caro, a Cervantes o a Lope de Vega, ante la serenata de Schubert o ante una sonata de Beethoven se abisma y en un éxtasis profundo se trasporta a la emoción de lo sublime.

La poesía, la pintura, la estatuaria y la arquitectura se han dividido en diferentes escuelas y han tomado variedad de formas y estilos sólo para poder interesar a todos los amantes de lo bello; al paso que la música siempre ha sido una como es una el alma que la siente. En ella no cabe lo antiestético: todo es expresión, todo belleza.

Y cuánto es el poder de la música. El niño olvida el hambre, el dolor o la intemperie cuando oye los arrullos de su madre, que son música divina; el corazón de la mujer siempre ha cedido instada por la fuerza irresistible de canciones y armonías que se elevan al pie de su ventana; el hombre modera sus pasiones y aquilata sus insanos sentimientos cuando oye algún laúd pulsado por el arte; y aun el mismo tirano inexorable muchas veces ha dejado caer su espada sanguinaria a los arpegios de sus orquestas favoritas como cayeron las murallas de Jericó a las dianas imponentes de Josué.

Las virtudes más elevadas se desarrollan también en el espíritu del hombre al compás de músicas y coros. En los templos nunca se honra a Dios sin dejar oír primero los acordes de armonías que llenan los ámbitos umbríos, como si se quisiera disponer primero en esa voz elocuente para el alma, los oídos que luego deben recibir la palabra encendida de la oratoria sagrada. Ya lo dijo un célebre escritor de la Iglesia: «¿Cómo el cristianismo no había de transfigurar ese arte, esen-

cialmente espiritualista y religioso, tanto más bello cuanto que en él se da más alma y cuanto que despierta más que ningún otro el sentimiento de lo infinito? La religión y la música son dos hermanas bajadas del cielo y que no pueden separarse. ¿Qué sería la religión si, para expresar sus emociones, sus dolores, sus goces, sus entusiasmos, sus éxtasis, no tuviese la música? Mas ¿qué sería la música si se la privase de Dios, del alma, de la oración, del amor, del infinito? Algún día cesará todo, hasta la fe, hasta la esperanza, únicamente quedará el amor; y el amor no tendrá más que un lenguaje: la música ...» (1)

En los campos de batalla, antes de comenzar la acción, se cantan himnos guerreros porque con ellos y los clarines se arenga a los combatientes llevando el valor a los pechos sin escudo y la esperanza de vencer a los que sólo van a triunfar o morir.

En las victorias nunca han faltado las músicas marciales porque jamás en ellas ha faltado el sentimiento de lo grande y de lo noble; y así, por este orden, el alma en ocasión alguna se ha manifestado mejor que cuando ha buscado en la música el intérprete y compañero de sus altas emociones.

En los primeros siglos del mundo el músico era para sus contemporáneos un objeto de verdadera admiración y un importante elemento auxiliar de las civilizaciones. Los griegos sobre todo, dieron a la música grande importancia. Entre ellos era familiar el conocimiento de que Orfeo con su lira domaba las fieras, convertía en bonanza el furor de las tempestades, humillaba el ímpetu arrollador de las trombas e imponía quietud a los montes y a los árboles obligándolos a

(1) Monseñor Bougoud. *El Cristianismo y los tiempos presentes*. Tomo III. Epílogo.

escuchar emudecidos las cadentes melodías de su arte divino. Y aun para los egipcios tenía la música tanto poder, que cuando el Nilo negaba las inundaciones con que periódicamente fecundiza los campos ribereños, incansables entonaban los himnos de aquel dios de Grecia para alcanzar con ellos de la Ceres mitológica la anhelada feracidad de las zonas ribereñas. Y por el contrario, cuando tales inundaciones de benéficas se tornaban en amenazantes u ofensivas, exhibían los egipcios una alegoría en que se destacaba imponente la figura de un hombre tocando la lira y sentado junto a un león con la melena rendida a sus acordes, queriendo significar con ello el predominio de una débil lira sobre la impetuosidad de la naturaleza rebelde.

Y todavía el domador, antes de fustigar la fiera, hace modular acordes de instrumentos melódicos para preparar así la mansedumbre de la bestia, aplacando la espuma de sus fauces y haciéndole ocultar las garras homicidas.

El cazador con su reclamo atrae de lejanos parajes, reptiles, cuadrúpedos y aves, que en general paroxismo lo rodean y contemplan cual contemplaran las primeras especies al jefe de la creación allá en el paraíso. Y todo esto porque desde el rústico instrumento que sembraba desenfrenado regocijo en los festines y excesos de las tribus primitivas, hasta el complicado diapason que las edades modernas han inventado para recibir a Mozart, Chopin, Allegri y demás maestros del arte, no hay sino sublimidad, expresión y sentimiento.

También la civilización de los últimos tiempos ha reconocido el concurso y preponderancia de la música en las sociedades que avanzan, y por eso le ha dado merecido tributo haciéndola desfilar triunfante coronada con los laureles reservados al más fiel intérprete del sentimiento humano; y así no es raro ver que el poeta

Y el turista reservan sus mejores trovos y encomios para homenaje de quien existe en el mundo por llevar coloridos al horizonte en penumbra de la vida humana.

Y todavía falta dirigir la atención a la naturaleza "Virgen donde las avechillas que en su seno moran, unas por saludar la diadema del naciente día, otras por festejar el primer regocijo de sus crías, aquéllas cuando ven resurgir de entre las sombras las flores matizadas que brindan dulce néctar en sus cálices abiertos, cuáles para anunciar su vuelo peregrino, y todas para loar al Artífice Supremo que templó ese timbre en su garganta, forman, si no el más armonioso concierto, sí el que no puede exhibir su partitura sin dejar que el alma se eleve en la adoración de la mano omnipotente que sacó el mundo de la nada.

Es, en fin, la música, una fuente universal de dulces consolaciones y alegrías que conforta solícita al hombre en todos los estados de su vida. En ella encuentra alivio el niño que se lamenta en la cuna; la busca para disipar la fatiga de su espíritu el hombre, esto es, el peregrino que viaja a lo largo de la vida *entre cardos y entre espinas*; todavía la siente el anciano, cansado de todo, que desciende paso a paso de la vejez a la tumba; Y sin duda alguna la oye glorioso el que volando a la eternidad es recibido en triunfo por los ángeles del cielo.

GUSTAVO ATUESTA
Oficial del Colegio.

:: •:



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico